

LA SUBJETIVIDAD EN LA HISTORIOGRAFÍA: UNA REVISIÓN CRÍTICA

SUBJECTIVITY IN HISTORIOGRAPHY: A CRITICAL REVIEW

Alvarado Leyton, Matías *

RESUMEN

El presente artículo explora el papel de la subjetividad en la historiografía, analizando cómo las decisiones del historiador influyen en la representación del pasado. A partir de una revisión crítica del debate en cuestión, se propone que la subjetividad del historiador, más que un obstáculo para el conocimiento histórico, es una herramienta que enriquece la comprensión del pasado y a la misma disciplina. Se habla así de una historiografía autorreflexiva y comprometida, la que reconozca la dimensión humana del acto historiográfico, particularmente de cara a eventos traumáticos y experiencias marginalizadas.

PALABRAS CLAVES

Historiografía, subjetividad, interpretación, narrativa, ética.

Recibido: 19 de marzo 2025.

ABSTRACT

This article explores subjectivity in historiography. It analyzes how decisions made by historians influence the representation of the past. Based on a critical review, it proposes that the historian's subjectivity, rather than an obstacle to historical knowledge, is a tool that enriches our understanding of the past and the discipline itself. Thus, the paper calls for a self-reflective and engaged historiography that recognizes the human dimension of the historiographic act, particularly when facing traumatic events and marginalized experiences.

KEY WORDS

Historiography, subjectivity, interpretation, narrative, ethics.

Aceptado: 4 de junio 2025.

* Doctor en Historia. Académico Regular Planta / Investigador de la Universidad Gabriela Mistral de Chile. Email: matias.alvarado@ugm.cl. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8743-8739>

INTRODUCCIÓN

La disciplina histórica desde sus albores ha enfrentado con mayor o menor consciencia un desafío fundamental: el delicado equilibrio entre la subjetividad inherente al historiador, en tanto ser humano, y su aspiración muchas veces obsesiva por alcanzar una representación objetiva del pasado en que escudriña. A pesar de los esfuerzos decimonónicos por consolidar a la historia como una ciencia¹, su inevitable vínculo con la cuestión de la narrativa y las decisiones interpretativas del historiador han subrayado constantemente la presencia de lo subjetivo en la construcción del relato histórico. Este fenómeno, se propone, lejos de ser un obstáculo se presenta como una posibilidad, esto al ser un componente esencial que enriquece el acto historiográfico, pudiendo otorgarle no solo profundidad, sino también, y más importante, humanidad.

No obstante, si bien el debate en cuestión se puede rastrear hasta Heródoto, considerado como padre de la disciplina, y las críticas que recibió por sus sucesores, por ejemplo, Tucídides, lo cierto es que, lejos de la inspiración de las musas y cualquier acto pseudo místico,

en términos contemporáneos el debate en torno a la subjetividad del historiador alcanzó notoriedad recién tras el impacto del giro lingüístico durante la segunda mitad del siglo XX. Fue allí cuando pensadores como Hayden White² y Roland Barthes³ cuestionaron los límites entre el hecho histórico y la interpretación narrativa. La historia dejó así de ser percibida como un simple hallazgo y compilación de verdades objetivas para ser entendida como una práctica cultural en la que la interpretación, influida por las emociones, valores y experiencias del historiador, juega un papel central. Fue este cuestionamiento el que abrió nuevas interrogantes sobre la disciplina histórica y su representación del pasado.

Sin embargo, con la llegada del nuevo milenio se ha parecido apostar por el hecho que la subjetividad no implica abandonar el rigor historiográfico ni renunciar a la búsqueda de una interpretación responsable del pasado. De hecho, distintos autores han argumentado que la subjetividad puede ser un medio para conectar profundamente con los sujetos históricos, obviamente, siempre y cuando sea acompañada de una “empatía crítica” y una metodología acorde y transparente a las

1 Véase Rudolf Vierhaus, “Historiography between Science and Art”, en *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, (dir.) Georg Iggers y James Powell (Syracuse: Syracuse University Press, 1990).

2 Heródoto, *Historia*, Libros I-II (Madrid: Editorial Gredos, 1992).

3 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Libros I-II (Madrid: Editorial Gredos, 1990). En esta obra, el autor señala, ante sus predecesores, que “Tales fueron las cosas antiguas de la Grecia, según he podido descubrir; y será muy difícil creer al que quisiere explicarlas con detalles más minuciosos, porque aquellos que oyen hablar de las cosas pasadas, principalmente siendo de las de su misma tierra y de sus antepasados, pasan por lo que dice la fama sin curar de examinar la verdad. [...] De igual manera hay otras muchas cosas de que existe memoria, en las cuales hallamos que los Griegos tienen falsa opinión y las consideran y ponen muy de otro modo que pasaron. Piensan, por ejemplo, de los reyes de Lacedemonia que cada uno de ellos echaba dos piedras, y no una sola, en el cántaro, que quiere decir que tiene dos votos en lugar de uno, y que hay en su tierra, una legión de Pitinates que nunca hubo. Tan perezosas y negligentes son muchas personas para inquirir la verdad de las cosas” (1:20) y que “Más el que quisiere examinar las conjeturas que yo he traído, en lo que arriba he dicho, no podrá errar por modo alguno. No dará crédito del todo a los poetas que, por sus ficciones, hacen las cosas más grandes de lo que son, ni a los historiadores que mezclan las poesías en sus historias y procuran antes decir cosas deleitables y apacibles a los oídos del que escucha que verdaderas. De aquí que la mayor parte de lo que cuentan en sus historias, por no estribar en argumentos e indicios verdaderos, andando el tiempo viene a ser tenido y reputado por fabuloso e incierto” (1:21).

exigencias de una investigación científica⁴. La subjetividad se ha convertido así en una suerte de puente, el cual ha permitido que diferentes historiadores no solo puedan abordar eventos traumáticos o experiencias marginalizadas en las que se han visto o no involucrados, sino también ha servido de impulso para otorgándole voz a quienes han sido tradicionalmente excluidos de la historia oficial.

De esta manera, el presente artículo revisa el curso que ha tomado la discusión sobre la subjetividad dentro de la disciplina histórica en lo que va del siglo XXI, sosteniendo que, lejos de ser una amenaza, constituye una herramienta epistemológica, ética y narrativa para una historiografía más autorreflexiva, comprometida y humana, la cual no solo reconoce sus condicionamientos narrativos y retóricos, sino que también ve en la subjetividad una herramienta para comprender mejor el pasado. Para esto, se opta por una metodología correspondiente con la revisión crítica y conceptual de literatura especializada, centrada en obras clave de la teoría de la historia desde el giro lingüístico hasta enfoques contemporáneos. Se busca así reivindicar la capacidad de la subjetividad para enriquecer el quehacer historiográfico y resaltar la dimensión humana de la historia, cuestión de suma relevancia en un mundo como el que vivimos en constante transformación.

EL PRIMER IMPACTO: BARTHES Y WHITE

Aunque la discusión en torno a la subjetividad en la disciplina histórica ha estado

siempre presente de una u otra forma, fueron las obras de Barthes y White las cuales dieron pie de manera más clara a los cuestionamientos al respecto, al menos, en términos contemporáneos.

Fue en “Le discours de l’histoire”, artículo publicado originalmente en francés en la revista *Communications* en 1967, que Barthes marcó un punto de quiebre en el debate sobre la naturaleza discursiva de la historiografía y su relación con la subjetividad. En este texto desafió la idea tradicional de que la historia era una simple narración objetiva de hechos pasados. En cambio, argumentó que el discurso histórico, al igual que cualquier otra forma de texto, estaba construido lingüísticamente y, por ende, no puede escapar a las limitaciones e influencias mismas del lenguaje. Según Barthes, el historiador no describe un pasado preexistente; más bien, construye un relato que es intrínsecamente interpretativo⁵.

Uno de los argumentos clave del autor es que el lenguaje en el que se redacta la historia nunca es neutro, defendiendo que los textos históricos están cargados de significados implícitos debido a las elecciones retóricas y estilísticas de los historiadores. Para Barthes, esto implica que la “realidad” histórica no es simplemente reflejada en el texto, sino, en cambio, producida por éste. Así, cualquier pretensión de objetividad en la historiografía se ve cuestionada, ya que los historiadores inevitablemente proyectan sus propias perspectivas –y subjetividades– a través del acto narrativo⁶.

4 Dominick LaCapra, *History and Criticism* (Ithaca: Cornell University Press, 1985).

5 Roland Barthes, “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, (ed.) Roland Barthes (Barcelona: Ediciones Paidós, 1987), 163-177.

6 Ídem., 166.

Barthes también destacó la función ideológica del discurso histórico. Al utilizar convenciones narrativas familiares, como la causalidad lineal y la continuidad temporal, el discurso histórico puede imponer una lógica sobre el pasado que refleja los valores del presente. Este proceso, convertiría al historiador en un productor de significado, en lugar de un observador imparcial de los hechos. De esta manera, Barthes resalta cómo la subjetividad del historiador se entrelaza con las estructuras narrativas utilizadas para construir el relato histórico y sus consecuencias⁷.

“Cuando Flaubert, al describir la sala en que está Mme. Aubain, la señora de Félicité, nos dice que «un viejo piano soportaba, bajo un barómetro, un montón piramidal de cajas y cartones», cuando Michelet, al relatar la muerte de Charlotte Corday y contar que, antes de la llegada del verdugo, recibió en la prisión la visita de un pintor para que hiciera su retrato, llega a precisar que «al cabo de una hora y media, alguien llamó suavemente a una puertecilla que estaba tras ella» ambos autores (entre muchos otros) están anotando observaciones que el análisis estructural, ocupado en separar y sistematizar las grandes articulaciones del relato, por lo general, y al menos hasta hoy en día, deja a un lado, bien porque elimina del inventario (no hablando de ellos) todos los detalles «superfluos» (en relación

con la estructura), bien porque trata estos mismos detalles (el propio autor de estas líneas así lo ha intentado también) como «rellenos» (catálisis), provistos de un valor funcional indirecto, en la medida en que, al sumarse, constituyen algún indicio de carácter o atmósfera, y, de esta manera, pueden ser finalmente recuperados por la estructura”⁸.

El impacto de estas ideas en la disciplina histórica fue profundo. Barthes influyó directamente en el desarrollo del giro lingüístico, el cual enfatizó la importancia del lenguaje y las narrativas en la construcción de la historiografía. Además de esto, abrió la puerta para cuestionar el papel de la subjetividad dentro de un oficio que aún no se despegaba del todo de las máximas positivistas propias del siglo XIX.

Un par de años más tarde, el debate alcanzaría nuevas alturas gracias a White y la publicación de *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* en 1973. Tomando algunas de las ideas de su homólogo francés, y expandiéndolas, exploró cómo las estructuras narrativas y sus tropos literarios forman las interpretaciones históricas. Este enfoque no solo replanteó el papel de la subjetividad, sino que también desestabilizó las fronteras entre historia y literatura, cuestionando el estatus epistemológico de la primera⁹. Situando así a la disciplina histórica como una simple forma de discurso narrativo, White argumenta que

7 Roland Barthes, “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, (ed.) Roland Barthes (Barcelona: Ediciones Paidós, 1987), 169-170.

8 Ídem., 179-180.

9 Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973).

todo resultado de ésta es una construcción narrativa que combina hechos, teorías explicativas y estructuras literarias. El historiador organizaría así los eventos pasados en relatos mediante estrategias narrativas específicas, como tropos (metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía), que son intrínsecamente subjetivos. Esto implica que el acto de escribir historia no es una reproducción fiel de la realidad, sino una interpretación influida por las elecciones estéticas y retóricas del historiador. De hecho, White analiza cómo los grandes historiadores del siglo XIX (como Ranke, Michelet y Marx) utilizaron tropos literarios y estructuras narrativas para dotar de sentido al pasado. Esto fue lo que lo llevó a cuestionar la tradicional distinción entre realidad y ficción, asegurando que ambas disciplinas, historia y literatura, comparten una dependencia fundamental de las formas narrativas, lo que refuerza la idea de que la subjetividad del autor es un elemento constitutivo del discurso histórico¹⁰.

Uno de los conceptos clave dentro de su obra al respecto de esta discusión es el de “prefiguración”. White sostiene que los historiadores abordan su objeto de estudio con un marco narrativo preconcebido, influido por su contexto cultural, ideología y preferencias personales. Este proceso de prefiguración determina cómo los eventos serán seleccionados, conectados y presentados en el relato histórico. En esencia, White argumenta que no existe una narrativa

“natural” u “objetiva” en la historiografía; todas las narrativas están mediadas por la subjetividad del historiador¹¹. Respecto a esto, el autor va más lejos y señala que “Lo que está en juego en la prefiguración no es solo la disposición de los eventos, sino la propia naturaleza de la forma narrativa que da sentido a estos eventos”¹².

El impacto de las ideas de White en la historiografía fue profundo y, por sobre todo, controversial. Para críticos como Georg G. Iggers sus posiciones conducían solo a un relativismo radical, donde el valor epistemológico de la disciplina quedaba en entredicho¹³. Con cierto aroma a profecía, lo cierto es que tras sus planteamientos se dio lugar a toda una generación de críticos que pusieron en cuestión el estatus científico de la disciplina histórica. No obstante, se ha de reconocer que, al resaltar una mayor cercanía de la narrativa histórica del arte que de la ciencia, White también fomentó una mayor reflexión en la historiografía y en el papel del historiador como creador de significado, más que como un transmisor objetivo de información.

REFIGURACIÓN DE LA DISCUSIÓN

Las aportaciones de Barthes y White generaron un primer impacto crítico y transformador en la historiografía, dando pie a un debate intenso dentro de la academia. Ambos autores desafiaron la concepción

10 Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973), 31-34.

11 Ídem., 5-7.

12 Ídem., 37.

13 Georg Iggers, *Historiography in the Twentieth Century: From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge* (Hanover: Wesleyan University Press, 1997),

tradicional de la historia como una ciencia objetiva, posicionándola como un proceso narrativo en el que la subjetividad del historiador desempeña un papel central. Pese a esto, lo cierto es que, más allá de los cuestionamientos malintencionados, la disciplina, paulatinamente y gracias a la reflexión sobre sí misma, se pudo recomponer y alcanzar nuevas posiciones respecto a su naturaleza y el papel de la subjetividad.

De esta manera, Paul Ricoeur ingresa al debate con la publicación de *Temps et récit* en 1984, obra en la cual exploró la relación entre el tiempo, la narrativa y la interpretación histórica. Argumentando que la narrativa no es simplemente un medio para transmitir hechos históricos, sino el marco a través del cual el historiador organiza y da sentido al tiempo pasado, afirma que la narrativa histórica realiza una “síntesis de lo heterogéneo”, vinculando eventos dispersos en una trama coherente que permite al lector comprender las complejidades del pasado¹⁴. Este proceso, señala, está inevitablemente mediado por la subjetividad del historiador, quien selecciona, interpreta y da forma a los acontecimientos desde una perspectiva situada en el presente.

Al respecto, añade el concepto de “mimesis”, que descompone el acto narrativo en tres fases: prefiguración, configuración y refiguración. En este modelo, el historiador parte de un mundo ya interpretado (prefiguración), organiza los eventos en una narrativa estructurada (configuración) y, fi-

nalmente, ofrece al lector una interpretación que puede ser reinterpretada (refiguración)¹⁵. Este proceso subraya cómo la subjetividad no solo interviene en la creación del relato histórico, sino también en su recepción y reinterpretación por parte de las audiencias. Para Ricoeur, esta mediación narrativa no es un defecto, sino una cualidad esencial que permite conectar el tiempo histórico con la experiencia humana, estableciendo un puente entre pasado y presente.

A diferencia de los enfoques radicalmente relativistas que surgieron tras Barthes y White, Ricoeur es capaz de reconciliar la subjetividad del historiador con el rigor epistemológico que se le demanda a la disciplina. Sostiene así que es posible alcanzar acuerdos intersubjetivos que permitan construir narrativas históricas responsables y fundamentadas. Esta posición sería defendida a través de los años, ampliándola a otros temas como la memoria, individual y colectiva, la cual se cruza con la narrativa histórica, destacando el papel ético del historiador como mediador entre el recuerdo y el olvido¹⁶.

Dominick LaCapra, por ejemplo, a través de *History and Criticism*, publicado en 1985, introduce el concepto de “empatía crítica” como una herramienta metodológica que permite al historiador abordar el sufrimiento y la experiencia subjetiva de los sujetos históricos sin caer en una identificación completa –y comprometida– que afecte el rigor¹⁷. Según éste, y como señalaría en una obra posterior, la “empatía crítica no significa

14 Paul Ricoeur, *Time and Narrative*, Volume I (Chicago: University of Chicago Press, 1984), 70.

15 Ídem., 52-55.

16 Paul Ricoeur, *Memory, History, Forgetting* (Chicago: University of Chicago Press, 2006), 85-87.

17 LaCapra, *History and Criticism*....

borrar la distancia entre el historiador y el objeto de estudio, sino reconocer la dimensión humana de los hechos históricos”¹⁸. Este enfoque resalta cómo la subjetividad del historiador puede ser utilizada para interpretar –en lugar de distorsionar– los eventos del pasado, especialmente prestando atención a aquellos marcados por traumas.

Al respecto, LaCapra publica *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma* en 1994, obra mediante la cual utiliza la subjetividad de manera explícita y reflexiva como parte de su aproximación metodológica al holocausto. Esta subjetividad no se traduce en una emocionalidad descontrolada, sino más bien es autoconsciente, crítica y productiva. Respecto a este trauma, LaCapra se posiciona a sí mismo como un sujeto implicado frente a su objeto de estudio, considerando inevitable que el historiador experimente afectación emocional frente a eventos de tales implicancias. “Las víctimas de eventos profundamente traumáticos pueden nunca liberarse completamente de la posesión de un pasado devastador ni recuperarse de él, y una respuesta al trauma bien puede implicar la ‘actuación’ del mismo [...] tanto en aquellos directamente afectados como, al menos de forma atenuada, en analistas y comentaristas atentos”. De hecho, señala que el análisis documental, especialmente la lectura de testimonios de quienes vivieron el holocausto en carne propia, pueden hacernos “atravesar traumas menores o provocarlos en

el lector”. Sumado a esto, LaCapra introduce a su análisis el problema de distinguir entre víctimas y victimarios, señalando que no se trata de una mera diferenciación, sino de un acto ético que interpela la subjetividad del historiador, “Existe una diferencia significativa entre quienes fueron colocados en una situación imposible –y quienes los pusieron allí”¹⁹.

LaCapra argumenta así que la subjetividad no solo es inevitable en la práctica historiográfica, sino que es necesaria para interactuar con eventos que desafían las categorías narrativas tradicionales. De esta manera, como menciona Saul Friedländer, su perspectiva se vuelve fundamental para comprender la representación histórica, ya que “reconoce el papel activo del historiador en la construcción narrativa y en la creación de significados éticos”²⁰. LaCapra llama así a los historiadores a no solo analizar los hechos históricos, sino también a reflexionar sobre cómo sus propios contextos, emociones e, incluso, valores influyen en sus interpretaciones, consejo que tomarían muchos, como Gabrielle M. Spiegel en *The Past as Text: The Theory and Practice of Medieval Historiography*, donde argumentó que las elecciones narrativas del historiador en su obra reflejan, entre otras cuestiones, tanto su contexto cultural como las tensiones ideológicas de su tiempo²¹. De esta forma, Georg Iggers afirma, “LaCapra expone cómo los discursos históricos están inextricablemente

18 Dominick LaCapra, *Writing History, Writing Trauma* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001), 78.

19 Dominick LaCapra, *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma* (Ithaca: Cornell University Press, 1994), xii-17.

20 Saul Friedländer, *Probing the Limits of Representation: Nazism and the “Final Solution”* (Cambridge: Harvard University Press, 1992), 42.

21 Gabrielle M. Spiegel, *The Past as Text: The Theory and Practice of Medieval Historiography* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1997).

vinculados a las emociones y subjetividades del historiador, una perspectiva que abre nuevos caminos para comprender las implicaciones éticas y epistemológicas de la narrativa²².

Si bien Ricoeur y LaCapra parecen haber plantado cara al relativismo dentro de la disciplina histórica, lo cierto es que aún habían cuestionamientos por tomar en consideración. De esta manera, White publica *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation* en 1987, obra compuesta por una serie de ensayos que, entre otras cosas, le permiten ahondar en la cuestión de la idoneidad del discurso para representar la historia. White sostiene que las narrativas históricas no son simples transcripciones de eventos pasados, sino construcciones discursivas que reflejan las decisiones estéticas, retóricas e, incluso, ideológicas del historiador. Según éste, “la narrativa histórica es una estructura de significado impuesta a los acontecimientos pasados para dotarlos de una coherencia que, en sí misma, es producto de la interpretación”²³. Esto implica que el historiador selecciona y organiza los eventos en función de un marco narrativo previamente condicionado por sus valores.

Más allá de esto, White desarrolla la idea de que la forma narrativa determina no solo la

manera en que los hechos son representados, sino también cómo son comprendidos por las audiencias. De esta manera, señala que “las estructuras narrativas, como la tragedia o la comedia, condicionan las posibles interpretaciones de los acontecimientos históricos”²⁴, sentenciando que “el problema no es que la historia se cuente en forma de narración, sino que la narración misma implica un acto de juicio moral y estético”²⁵. Estas afirmaciones, hechas en medio de la publicación de una serie de obras que recogían de manera póstuma los ensayos y entrevistas de Barthes²⁶, no solo alertaron sobre el papel activo del historiador en la construcción del pasado, sino que también, de manera –si se quiere– más constructiva, abrieron un nuevo espacio para explorar la historia como una práctica creativa, donde la subjetividad del historiador es inevitable y necesaria para dar sentido al pasado.

A modo de clausura –temporal– de la discusión, Peter Novick publicó *That Noble Dream: The “Objectivity Question” and the American Historical Profession* en 1988. En esta obra se examina la evolución de la objetividad dentro de la historiografía estadounidense, argumentando que “la creencia en la objetividad proporcionó una base moral y epistemológica para la profesión histórica, pero siempre fue más una aspiración que una realidad”²⁷. Haciendo un

22 Iggers, *Historiography in the Twentieth Century...*, 122.

23 Hayden White, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987), 26.

24 Ídem., 51.

25 Ídem., 67.

26 Véase Roland Barthes, *La aventura semiológica* (Barcelona: Paidós, 1985); Roland Barthes, *Lo obvio y lo obtuso* (Barcelona: Paidós, 1986); Roland Barthes, *El susurro del lenguaje* (Barcelona: Paidós, 1987a); Roland Barthes, *Incidentes* (Barcelona: Seix Barral, 1987b); Roland Barthes, *El grano de la voz* (Barcelona: Paidós, 1994).

27 Peter Novick, *That Noble Dream: The “Objectivity Question” and the American Historical Profession* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), 3.

balance desde finales del siglo XIX, Novick sostiene que la supuesta objetividad es más una cuestión de fe en un método riguroso y en la capacidad del historiador de mantenerse alejado de los hechos que estudia, la cual comenzó a desmoronarse a partir de la década de 1960, con el auge de la historia social, el feminismo y los estudios culturales, entre otras cuestiones, los cuales expusieron cómo las interpretaciones históricas estaban intrínsecamente condicionadas. Observa así que “los historiadores empezaron a reconocer que su punto de vista inevitablemente influía en la selección y presentación de los hechos”²⁸.

Si bien existen algunos como Richard J. Evans, para quien el riesgo de la perspectiva postmoderna, que enfatizaba la subjetividad y la naturaleza narrativa de la disciplina, radicaba en la posibilidad de minar la credibilidad del discurso histórico y desdibujar los límites entre historia y ficción²⁹, Novick sentenciaría que la disciplina histórica no puede alcanzar en términos absolutos una objetividad, sea cual sea, más esto no significa que deba renunciar a la búsqueda de la verdad histórica. De este modo, el desafío radica en aceptar la inevitable influencia de la subjetividad sin abandonar la autorreflexión y compromiso ético con la verdad, es decir, “adoptando una postura de honestidad intelectual y responsabilidad interpretativa”³⁰. La mirada epistemológica sobre la subjetividad comienza entonces a cambiar, pasando de ser

un obstáculo a considerarse una dimensión constitutiva dentro de la historia.

EL NUEVO MILENIO Y LA TOMA DE COMPROMISOS

Con la llegada del nuevo milenio, la discusión en torno al papel de la subjetividad dentro de la disciplina histórica, lejos de acabar, tomó nuevos aires, mas dejó buena parte de los otrora cuestionamientos abiertos a perspectivas más posibilitadoras. Al respecto, Ricoeur en *Memory, History, Forgetting* del 2000 explora la relación entre la memoria individual, la memoria colectiva y la representación histórica, destacando el papel ineludible de la subjetividad en la práctica historiográfica. Ricoeur argumenta nuevamente que la historia no es una mera transcripción de hechos objetivos, sino más bien una reconstrucción narrativa condicionada por las formas en que la memoria y el olvido operan en las sociedades, es decir, “el trabajo del historiador comienza allí donde la memoria directa y personal alcanza sus límites”³¹. En este sentido, la subjetividad del historiador no solo influye en la selección y organización de los hechos, sino también en la interpretación moral y política de los eventos históricos. “El historiador selecciona y reconstruye eventos pasados en función de un marco narrativo que refleja tanto las tensiones ideológicas del presente como las limitaciones de las fuentes disponibles”³². Ricoeur subraya así que la subjetividad no

28 Peter Novick, *That Noble Dream: The “Objectivity Question” and the American Historical Profession* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), 527.

29 Richard J. Evans, *In Defence of History* (London: Granta Books, 1997).

30 Ídem., 629.

31 Paul Ricoeur, *Memory, History, Forgetting...*, 85.

32 Ídem., 393.

debe ser vista como una debilidad, sino como una oportunidad para construir una comprensión ética del pasado. La subjetividad, lejos de distorsionar la historia, permite al historiador conectar emocional y moralmente con los eventos y las víctimas del pasado. Respecto a esto último, señala que “El historiador debe resistir tanto la tentación de la venganza como la del olvido absoluto, adoptando una postura de reconocimiento crítico de las heridas del pasado”³³.

Siguiendo de cerca esta postura atenta a los eventos traumáticos y experiencias marginalizadas, LaCapra publica *Writing History, Writing Trauma* en 2001, obra en la cual explora el papel de la subjetividad del historiador en la representación de conmociones. Argumentando que la subjetividad no solo es inevitable, sino que puede ser una herramienta interpretativa valiosa cuando se aborda de manera ética y reflexiva. Para éste, el trauma no puede ser representado simplemente como un hecho histórico más, ya que, epistemológicamente, implica una dimensión emocional e, incluso, psíquica que afecta tanto a las víctimas como a quienes intentan narrarlo –y leerlo– desde una perspectiva histórica³⁴. Para LaCapra, los historiadores deben abandonar su aspiración a una neutralidad imposible y adoptar una postura de “empatía crítica” que les permita un equilibrio entre la identificación emocional y la distancia analítica. Dicha herramienta, permitiría salvaguardar dos grandes problemas respecto a la subjetividad, ya que,

por un lado, evitaría la sobreidentificación con las víctimas, lo cual puede llevar a una recreación emocional que distorsione los hechos; y por otro lado, alejaría también posturas excesivamente distantes, las cuales pueden deshumanizar las experiencias de las víctimas y automatizar el relato reduciendo los eventos traumáticos a meros datos³⁵.

El aporte de LaCapra a la discusión va un poco más allá, ya que también explora en esta obra cómo los historiadores proyectan su propia subjetividad al interpretar eventos traumáticos. Señalando que “El proceso de interpretar el trauma implica no solo un esfuerzo intelectual, sino también una dimensión ética y emocional que el historiador debe reconocer y procesar”³⁶, termina por rechazar las pretensiones positivistas de una historia puramente objetiva y a proponer una historiografía más autorreflexiva y comprometida, este caso, de manera ética con la memoria de las víctimas.

Tras dichos avances dentro de la disciplina histórica, serán dos los autores quienes vendrían a confirmar posiciones. Por un lado, Beverley Southgate en *What is History For?* de 2005, sostiene que “el acto de escribir historia implica seleccionar, organizar e interpretar los eventos del pasado, lo que necesariamente refleja las inclinaciones y valores del historiador”³⁷. Además, asegura que “la historia nunca ha sido, ni podrá ser, completamente objetiva, ya que los hechos por sí mismos no hablan; son interpretados y organizados por el historiador”³⁸. Desde esta

33 Paul Ricoeur, *Memory, History, Forgetting...*, 489

34 Dominick LaCapra, *Writing History, Writing Trauma* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001), 22.

35 Ídem., 78-79.

36 Ídem., 92.

37 Beverley Southgate, *What is History For?* (London: Routledge, 2005), 23..

38 Ídem., 45.

perspectiva, la subjetividad no es un obstáculo para la historiografía, sino más bien es parte de ésta, siendo, por lo demás, un recurso de sumo valor. “Aceptar la subjetividad permite al historiador comprometerse con el pasado de manera más honesta y significativa, al reconocer que la historia es siempre una reconstrucción desde una perspectiva situada en el presente”³⁹. Cuestionando el estatus epistemológico de la historia como ciencia, Southgate sugiere que la narrativa histórica debe ser entendida como una práctica interpretativa que combina elementos tanto analíticos, es decir, científicos, como creativos, es decir, artísticos. La historia, por lo tanto, es una disciplina más que una ciencia exacta, ya que el historiador ejerce un papel activo al seleccionar qué eventos incluir, cómo ordenarlos y qué significado atribuirles. Si bien para algunos sus aportes serán razón de polémica, como da cuenta Michael Salevouris, quien destaca que “no solo explora [...] cómo los historiadores y otros justificaron la utilidad de la historia en el pasado, sino que también presenta un argumento provocativo [...] sobre para qué debería servir la historia hoy y en el futuro”⁴⁰, lo cierto es que la contribución de Southgate, al replantear la función de la historia en la sociedad actual, alejándose de una visión objetiva y reconociendo la influencia de la subjetividad en la construcción del conocimiento histórico, es fundamental. Lejos de relativismo alguno, y con una serie de obras posteriores al respecto⁴¹, Southgate aboga por

una historiografía consciente de sus límites y de las influencias que la moldean.

Por otro lado, Frank Ankersmit en *Sublime Historical Experience*, también de 2005, examina cómo ciertas experiencias históricas pueden provocar una sensación de lo sublime, caracterizada por una profunda transformación en la percepción del individuo sobre el pasado y su relación con el presente. Según éste, “la experiencia de lo sublime es entonces la clase de experiencia que nos invita o nos necesita para descartar o disociar un yo inicial del yo en que nos convertimos después de haber tenido la experiencia de lo sublime en cuestión”⁴². Estas experiencias, innatas e instintivas, si se quiere, incluso, precognitivas, preceden a la posibilidad de conocimiento histórico y desafían las concepciones tradicionales de la relación entre experiencia, lenguaje y verdad. Ankersmit sugiere así que “la experiencia de lo sublime es entonces la clase de experiencia que nos fuerza a abandonar la posición en la cual todavía coincidimos con nosotros mismos y a intercambiarla por una posición donde nos relacionamos con nosotros mismos en el sentido más literal de la palabra, esto es, como si fuéramos dos personas en lugar de una”⁴³.

En 2010, y tras una serie de obras dedicadas a la teoría de la historia⁴⁴, Alun Munslow publica *The Future of History*, señalando que “la historia es una práctica cultural que

39 Southgate, *What is History...*, 78.

40 Michael Salevouris, “Southgate, What Is History For?”, en *Teaching History: A Journal of Methods* 31/2 (EE.UU. 2006): 106-107. [Consultado el 1 de junio de 2025. Disponible en: <https://doi.org/10.33043/TH.31.2.106-107>].

41 Véase Beverley Southgate, *History Meets Fiction* (London: Routledge, 2009); Beverley Southgate, “A New Type of History”: *Fictional Proposals for dealing with the Past* (London: Routledge, 2011).

42 Frank Ankersmit, *Sublime Historical Experience* (Stanford: Stanford University Press, 2005), 327..

43 Ídem., 328.

44 Véase Alun Munslow, *Deconstructing History* (London: Routledge, 1997); Alun Munslow, *The New History* (London: Pearson Education, 2003).

estudia otras prácticas culturales”⁴⁵. No obstante, si bien reconoce que la historia es una interpretación que depende, en buena parte, de las decisiones narrativas y metodológicas del historiador, así como de la selección de fuentes, el orden dado a los eventos y el empleo de ciertas categorías interpretativas, insiste en que no por esto no se debe buscar la verdad; “la narrativa histórica debe ser transparente al referirse a lo que realmente sucedió según la evidencia”⁴⁶. Munslow rechaza la distinción entre lo real y lo ficcional, es decir, entre historia y literatura, argumentando que ambas prácticas están condicionadas por estructuras narrativas similares. De esta forma, acepta que la subjetividad es inherente al proceso historiográfico, proponiendo –positivamente– una historiografía más autorreflexiva, donde los historiadores reconozcan las limitaciones de su punto de vista, y comprometida, donde las decisiones interpretativas que moldean su relato histórico sean conscientes y, de ser necesario, evidenciadas. Lejos de dar cuenta de un abandono de la disciplina, dicha propuesta solo busca hacerla más consciente y transparente en cuanto a las condiciones que influyen en sus obras, “La historia y el pasado no pueden coincidir en la medida en que la primera, nos guste o no, es principalmente una narrativa sobre la segunda”⁴⁷.

En obras posteriores, Munslow confirmaría su posición. Por un lado, en *A History*

of History de 2012, señalaría nuevamente que “la historia es fundamentalmente una práctica cultural que refleja las formas en que los historiadores estructuran y dotan de significado al pasado”⁴⁸. La subjetividad del historiador sería así inevitable, siendo parte de cada uno de los aspectos de dicho oficio. De esta manera, Munslow concluye que la historia es más cercana a una forma de arte y que los historiadores deben reconocer la naturaleza de su trabajo para lograr una interpretación más honesta. Por otro lado, En *Authoring the Past: Writing and Rethinking History* de 2013, Munslow profundiza en la idea de que el acto de escribir historia es un proceso creativo que involucra una relación compleja entre la realidad y las decisiones narrativas del historiador. Sostiene así que “la historia no es simplemente una reconstrucción del pasado basada en evidencia, sino una interpretación que refleja las sensibilidades culturales y políticas del historiador”⁴⁹. En esta obra, se enfatiza nuevamente en la idea de la subjetividad como un componente central de la práctica historiográfica, donde “los historiadores son autores que construyen historias a partir de una combinación de hechos y ficción”⁵⁰.

Finalmente, la discusión en torno a la subjetividad en la disciplina histórica parece colmarse cuando Chris Lorenz publica *Constructing the Past: Writing History in Postmodern Times* en 2017. A través de esta

45 Alun Munslow, *The Future of History* (London: Palgrave Macmillan, 2010), 12.

46 Ídem., 37.

47 Ídem., 55.

48 Alun Munslow, *A History of History* (London: Routledge, 2012), 14.

49 Alun Munslow, *Authoring the Past: Writing and Rethinking History* (London: Routledge, 2013), 28.

50 Ídem., 45.

obra, el autor no solo toma en cuenta los avances en el debate de sus colegas en lo que va del milenio, sino que, particularmente, enfrenta la perspectiva postmoderna más extrema que niega cualquier posibilidad de objetividad histórica, señalando que esto “equivale a socavar la base misma sobre la cual se construye el conocimiento histórico”⁵¹. Para Lorenz, si bien la subjetividad es inherente al historiador, esto no implica que se deba abandonar la búsqueda de interpretaciones responsables con el pasado. Propone así un enfoque equilibrado donde la consciencia de sesgo alguno no impida el esfuerzo por alcanzar una comprensión más precisa de los hechos históricos; “la autorreflexión crítica sobre las propias influencias subjetivas es crucial para una práctica historiográfica rigurosa”⁵². Asimismo, recuerda que “las narrativas históricas no existen en un vacío; están moldeadas por y, a su vez, moldean las corrientes culturales y políticas de su tiempo”⁵³.

No se puede olvidar que estas y otras reflexiones en torno a la subjetividad en la disciplina histórica convergen con otra serie de desarrollos, como el crecimiento de la historia oral y sus metodologías, los estudios de género y la historia de las emociones, todas ellas, pese a sus diferencias, teniendo en común un lugar importante para el sujeto, su experiencia y su afectividad, cuestiones que han sido centrales para repensar las formas de producción del conocimiento histórico en los últimos años.

PALABRAS FINALES

El desarrollo de la discusión sobre la subjetividad en la historia ha marcado un punto de inflexión en la historiografía contemporánea, generando profundas implicancias heurísticas, hermenéuticas y epistemológicas. Lejos de las advertencias perentorias de Fustel de Coulanges, para quien el historiador debía abstenerse de emoción alguna, desechando todo lo que pueda tildarse de subjetividad –“El mejor historiador de la Antigüedad será el que haya hecho más abstracción de sí mismo, de sus ideas personales y de las ideas de su tiempo para estudiar esa época”⁵⁴–, una revisión crítica respecto a este debate, especialmente tras el giro lingüístico, es fundamental en tanto permite entender la manera en que los historiadores comprenden y se aproximan al pasado actualmente.

En términos generales, se propone que la subjetividad, lejos de ser un obstáculo para el conocimiento histórico, ha emergido como una herramienta que permite dotar de mayor humanidad a la disciplina histórica. Esta revalorización de la subjetividad ha conducido a una historiografía autorreflexiva y comprometida, que reconoce las limitaciones inherentes a su quehacer y, a su vez, explora las posibilidades que ofrece la subjetividad y sus derivas.

Desde una perspectiva heurística, la subjetividad ha redefinido el proceso de

51 Chris Lorenz, *Constructing the Past: Writing History in Postmodern Times* (London: Bloomsbury Academic, 2017), 32.

52 Ídem., 78.

53 Ídem., 124.

54 Fustel de Coulanges, “Comment il faut lire les auteurs anciens”, en *Extraits des historiens français du XIX siècle*, (comp.) Camille Jullian, 659-665, (París: Hachette, 1908), 659.

investigación histórica al desplazar el énfasis desde la recopilación de datos hacia la interpretación activa de los mismos. En este sentido, las obras de Barthes y White fueron fundamentales para cuestionar la posibilidad de alcanzar un conocimiento histórico objetivo, al destacar que las decisiones del historiador son inevitables en la construcción de la historia. Por ejemplo, White y su propuesta sobre la prefiguración terminan por implicar una cierta condena a las influencias que afectan al historiador. Este reconocimiento, aunque doloroso en su momento, ha llevado finalmente a una mayor valoración de la interpretación dentro de la historiografía, consolidando el papel del historiador como un creador de significado. Asimismo, desde una perspectiva hermenéutica, la subjetividad ha ampliado las posibilidades interpretativas de la historia al permitir una comprensión más profunda y matizada de las complejidades del pasado. Ricoeur condensara esto en la idea de que el acto de interpretar el pasado implica una “síntesis de lo heterogéneo”, en la que el historiador organiza eventos dispersos en una narrativa coherente. Este proceso, revela que la subjetividad es una dimensión constitutiva de la práctica historiográfica, permitiendo construir relatos más sensibles y humanizados, especialmente en el tratamiento de experiencias marginalizadas y acontecimientos teñidos por el sufrimiento y la violencia.

Sumado a todo esto, es evidente que el reconocimiento de la subjetividad ha llevado a cuestionar las bases científicas de la historia, aclarando que la objetividad ha sido una simple quimera y que la subjetividad, lejos de ser una amenaza a la verdad, es una

dimensión inevitable de la práctica historiográfica. Hoy, la historia se entiende más como una disciplina interpretativa que como una ciencia exacta. En ella, la transparencia metodológica y la honestidad intelectual son pilares esenciales de legitimidad.

En conclusión, el desarrollo de la discusión sobre la subjetividad ha llevado a una historiografía más autorreflexiva, consciente de su propia naturaleza, y más comprometida, esta vez, no solo con su rigurosidad, sino también con una ética. El historiador ya no es visto como un simple observador, imparcial y retirado, sino como un creador que organiza el pasado desde una posición, consciente, en el presente. La subjetividad, lejos de ser un obstáculo para el conocimiento histórico, se ha consolidado como una herramienta que permite construir relatos históricos más complejos y, por qué no, atractivos. Esta transformación ha facilitado una mayor pluralidad de voces en la historiografía, promoviendo una representación más significativa de distintas experiencias históricas y una empatía más grande entre los lectores. Ejemplo de ello se encuentra en Ivan Jablonka y su obra *Laëtitia o el fin de los hombres*, publicada originalmente en francés en 2016, donde cuenta la historia de una joven brutalmente asesinada a sus 18 años. Esta obra llegó incluso a ser galardonada con el Premio Médicis, puesto que Jablonka consiguió un resultado no solo riguroso, sino profundamente subjetivo. En esta obra, da cuenta de su compromiso político y ético con la víctima –“No conozco relato de crimen que no valore al asesino a expensas de la víctima. [...] Quisiera, en cambio, liberar a las mujeres y a los hombres de su muerte, arrancarlos del crimen que les hace perder

la vida, y hasta la humanidad”—, así como de su postura frente a una historia subjetiva e implicada con su objeto de estudio —“Mi libro solo tendrá una heroína: Laëtitia. [...] No honrarlos en cuanto ‘víctimas’, ya que eso también implica remitirlos a su fin; simplemente rehabilitarlos en su existencia, dar testimonio por ellos”⁵⁵. De hecho, sería el mismo Jablonka quien propondría, en otra obra, “Objetivar la propia subjetividad, hacer un registro de sí mismo, abjurar de toda superioridad”⁵⁶ como ejercicios necesarios para las ciencias sociales y, particularmente, la disciplina histórica.

BIBLIOGRAFÍA

Ankersmit, Frank. 2005. *Sublime Historical Experience*. Stanford: Stanford University Press.

Barthes, Roland. 1985. *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós.

Barthes, Roland. 1986. *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona: Paidós.

Barthes, Roland. 1987a. “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, (ed.) Roland Barthes, 163-177, Barcelona: Paidós.

Barthes, Roland. 1987b. *Incidentes*. Barcelona: Seix Barral.

Barthes, Roland. 1994. *El grano de la voz*. Barcelona: Paidós.

Coulanges, Fustel de. 1908. “Comment il faut lire les auteurs anciens”, en *Extraits des historiens français du XIX siècle*, (comp.) Camille Jullian, 659-665, París: Hachette.

Evans, Richard J. 1997. *In Defence of History*. London: Granta Books.

Friedländer, Saul. 1992. *Probing the Limits of Representation: Nazism and the “Final Solution”*. Cambridge: Harvard University Press.

Heródoto. 1992. *Historia, Libros I-II*. Madrid: Editorial Gredos.

Iggers, Georg. 1997. *Historiography in the Twentieth Century: From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*. Hanover: Wesleyan University Press.

Jablonka, Ivan. 2016. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Jablonka, Ivan. 2017. *Laëtitia o el fin de los hombres*. Barcelona: Editorial Anagrama.

LaCapra, Dominick. 1985. *History and Criticism*. Ithaca: Cornell University Press.

LaCapra, Dominick. 1994. *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma*. Ithaca: Cornell University Press.

55 Ivan Jablonka, *Laëtitia o el fin de los hombres* (Barcelona: Editorial Anagrama, 2017), 9.

56 Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016), 311.

LaCapra, Dominick. 2001. *Writing History, Writing Trauma*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Lorenz, Chris. 2017. *Constructing the Past: Writing History in Postmodern Times*. London: Bloomsbury Academic.

Munslow, Alun. 1997. *Deconstructing History*. London: Routledge.

Munslow, Alun. 2003. *The New History*. London: Pearson Education.

Munslow, Alun. 2010. *The Future of History*. London: Palgrave Macmillan.

Munslow, Alun. 2012. *A History of History*. London: Routledge.

Munslow, Alun. 2013. *Authoring the Past: Writing and Rethinking History*. London: Routledge.

Novick, Peter. 1988. *That Noble Dream: The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*. Cambridge: Cambridge University Press.

Ricoeur, Paul. 1984. *Time and Narrative, Volume I*. Chicago: University of Chicago Press.

Ricoeur, Paul. 2000. *Memory, History, Forgetting*. Chicago: University of Chicago Press.

Salevouris, Michael. 2006. "Southgate, What Is History For?", en *Teaching History: A Journal of Methods* 31/2 (EE.UU.): 106-107. [Consultado el 1 de junio de 2025.

Disponible en: <https://doi.org/10.33043/TH.31.2.106-107>.

Southgate, Beverley. 2005. *What is History For?* London: Routledge.

Southgate, Beverley. 2009. *History Meets Fiction*. London: Routledge.

Southgate, Beverley. 2011. "A New Type of History": *Fictional Proposals for dealing with the Past*. London: Routledge.

Spiegel, Gabrielle M. 1997. *The Past as Text: The Theory and Practice of Medieval Historiography*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Tucídides. 1990. *Historia de la Guerra del Peloponeso, Libros I-II*. Madrid: Editorial Gredos.

Vierhaus, Rudolf. 1990. "Historiography between Science and Art", en *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, (ed.) Georg Iggers y James Powell, 61-70, Syracuse: Syracuse University Press.

White, Hayden. 1973. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

White, Hayden. 1987. *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.